

*Inyenzi*

*M. Iván Pérez Fernández*

Si después de leerlo sientes sed  
es que el discurso es fértil;  
léelo aún, y más: la sed engendra sed.  
Qué error el del saciado;  
no conoce la sed de la sed que no acaba

Luis Feria, *El Poema*

*(Preludio)*

*La fiebre*

A veces los niños gitanos se arremolinan alrededor de la puerta de urgencias. Les gusta jugar allí, al pilla pilla o al escondite, se ocultan con sus sonrisas pícaras entre los coches o detrás de la garita de los de seguridad, a veces incluso se encaraman al techo buscando el escondrijo perfecto y se recuestan mirando el cielo hasta que los de abajo se dan por vencidos y salen victoriosos como astronautas que han regresado del espacio. Las niñas algo más mayores llaman a los pequeños pajarillos, pajarillo, anda, sal que te he visto, y el niño sale cabizbajo por haber perdido, pajarillos, esconderos, y todos salen volando como golondrinas nerviosas ante un disparo, pajarillo, tú cuentas o, pajarillo, tú la llevas, pajarillos, quién no se ha escondido tiempo ha tenido. Los oigo correr y reírse totalmente despreocupados, como si jugar allí, bajo la sombra de este enorme y severo edificio gris, no les impresionara lo más mínimo. A veces sus madres cantan con ese sentimiento que se nos oculta a los payos, como si lloraran y rieran al mismo tiempo, como si se fueran muy lejos pero acabaran susurrándote al oído. Cuando cantan así, tan seguras de la tristeza, ya todos sabemos que algún patriarca anda bordeando la muerte en una de las plantas del hospital. Y es entonces cuando un grupo numeroso de gitanos que han venido de todos los lugares las rodea para hacerles las palmas, el duelo, el nudo en la garganta y también el consuelo. Es ley. Y luego oyes esas risas escandalosas, el tumultuoso crujido de tribu y te preguntas si acaso no le tendrán más respeto a la vida que a la propia muerte.

El hospital está justo en el borde meridional de las mil viviendas, como un faro que establece algún tipo de frontera de clases dentro de la ciudad. Es un barrio el de las mil viviendas vivo y alegre, quizá porque las miserias procuran dejarse siempre dentro de casa, un barrio donde las coladas se tienden todavía en los balcones y en el que en días de levante el viento riega con olor a suavizante y a maría infinidad de calles, allí los banquetes de boda se organizan sobre el asfalto roto de las calles sin salida, se enfilan muchas mesas de formica en las que nunca hay dos iguales y cuando por fin suena la música todo el mundo sabe que está invitado a bajar. Es un barrio oscuro, peligroso muchas veces, pero donde antes de robarte siempre te preguntan de qué calle eres por si acaso fueras vecino. Hay demasiados bares en los que el tiempo pasa más aprisa y la propina siempre termina siendo algún trozo importante de la vida, hay iglesias que adoran una gran variedad de deidades y casas de apuestas y tiendas de artículos de segunda mano repletas hasta arriba de neveras, lavadoras, colchones y bicicletas de muchos colores, todo siempre a los mejores precios, repiten sus dueños. Todo siempre a los mejores precios. Ya casi no hay sucursales de bancos, únicamente quedan los locales vacíos, los huecos de los cajeros, los colores corporativos que

han perdido el brillo. Con la crisis todos desaparecieron, como el dinero. Todo el mundo sabe que hay drogas en las esquinas y demasiados policías de paisano y también parques vallados con una reja fina que deja a la vista un mundo herrumbroso para que los niños, a la vez que juegan, puedan hacerse hombres. Hay desconchados en las paredes y los ladrillos tarde o temprano quedan desnudos, avergonzados. Y precisamente Chantal vino de una de esas calles con nombres de escritores a los que ya nadie lee y que se vieron obligados a morir para conocer cierto éxito.

Chantal es muy tímida, siempre baja la mirada como si se excusara por adelantado por cada cosa que va a decir o a hacer o incluso a pensar. Apenas habla, hola, buenos días, adiós, gracias, lo que parece gustarle es mirar por la ventana, durante horas, siempre lo hace en la misma dirección, como si solo ella fuera capaz de ver algo más allá de los edificios que rasgan la calina ceniza que espira la ciudad. Los médicos le preguntan y ella siempre se encoge de hombros sin decir nada. Tampoco sonrío. Nunca. Y eso que Chantal es laboriosamente servil, de esa manera incómoda que te hace sentir partícipe de algún colonialismo pasado. Por eso a veces no sabes como tratarla y todo se vuelve lejano y árido. Su cuerpo se asemeja a una espiga fina y descuidada de la que solo he visto brotar una tristeza fría que ella trata de ocultar bajo la indiferencia, pero no lo hace demasiado bien porque uno es capaz de advertir solo tristeza y vacío. Esa tristeza solo desaparece cuando viene su hija a visitarla. La trae una vecina todas las tardes, es una niña preciosa, de piel negra como la obsidiana y el pelo salvaje y ensortijado, entonces Chantal parece otra mujer, le habla en un idioma melodioso y susurrante que a ratos parece el ronroneo de un gato. Apunto las constantes en la gráfica y la niña mira con curiosidad el boli de cuatro colores, entonces se lo muestro y ella lo toquetea y se pinta en la palma de la mano un sol verde, luego una nube azul y sonrío y acabo por regalárselo haciendo de ella la niña más feliz del universo. Chantal me mira, pero enseguida vuelve la vista hacia la ventana. ¿Y el padre? Y la vecina, una gitana muy devota, se persigna, se encoge de hombros y me dice que no hay, que Chantal, ya lo ha visto usted, no habla mucho y que ella tampoco pregunta. Chantal tiene una cicatriz muy fea que le cruza la cara de lado a lado, uno no puede evitar mirarla por más que quiera, es demasiado fácil caer en ella, resbalar en su profundidad horrorosa. Ella se da cuenta enseguida de que andas mirándola y entonces pasa su mano por encima como si se rascase, pero en realidad creo que la repasa a ver si está toda. A veces me gustaría tocarla, intentar descifrarla con el tacto de los bordes, pero temo abrirla más. Con el tiempo esa clase de cicatrices suelen tomar la iniciativa en las conversaciones acabándolas siempre antes de que comiencen.

Chantal tiene fiebre, nadie sabe porqué. Lleva demasiados días así. Por eso vino al hospital, muy desmejorada, temblando, pero dándole la mano a su hija como si tuviera miedo a soltarla. Voy allí y le pongo el tratamiento y la fiebre baja, pero siempre vuelve a subir y ella me da las gracias dos o tres veces y luego sigue mirando por la ventana mientras yo miro las gotas caer. En el office cuando la cafetera comienza a hervir y las tacitas de vajillas distintas se alinean, las conversaciones siempre llevan a Chantal y a su halo misterioso que nos perturba a todos como un secreto importantísimo que se nos oculta hagamos lo que hagamos. Pepa dice que esconde algo, luego sorbe el café que humea como la poción de una bruja y se quema la lengua y maldice antes de dar otro sorbo y de nuevo volver a maldecir. Yo creo que huyó de su país, y Pepa da otro sorbo y saca la lengua y la abanica con un movimiento rápido de su mano, por eso apenas habla, eso es lo primero que les enseñan, cuando llegues allí mejor no hables, solo di que no entiendes. Y esa enorme cicatriz, sugiere Rosa, no es normal, algo debió pasarle en su país, un accidente grave, seguro, o algo peor, vete tú a saber qué. ¿Os dais cuenta de que nunca sonrío? Pobrecita. Aunque si yo tuviera esa cicatriz tampoco sonreiría mucho, la verdad. Por lo menos la niña parece limpia y cuidada. Y bien alimentada, añade Pepa y pone la tacita en el fregadero. Luego abre la ventana y enciende un cigarro y me dice con señas que cierre la puerta antes de darle una fuerte calada e incendiar su punta de un magma intenso. Rosa le pregunta que cuándo demonios lo va a dejar. Pepa suelta el humo despacio, tal y como antes hacía su café. Mañana, dice. Mañana. Cuando te ingresen, dice Rosa, no pienso ir a verte, que lo sepas. Pepa ríe. Pero con cierto temor.

Los médicos la han dado por imposible, ya no le preguntan, solo esperan los resultados de las pruebas. Puede que sea alguna enfermedad rara. Ya se verá, las pruebas, hay que esperar a las pruebas. Para colmo ha cogido un puente largo, así que los resultados también se están alargando. Mi hija ha estado de acuerdo en hacer una limpieza de juguetes que ya no usa y regalárselos a la *niña nerguita* (así la llama ella) que va al hospital. Le he hablado de ella, le he dicho que se aburre, que su mamá está malita y que no tiene con qué jugar. En pocos minutos ha llenado una bolsa grande hasta arriba y me la trae arrastrándola, yo la ato con un nudo enorme de remordimientos, algo va mal en el mundo, digo para mí, y ella me mira y me dice que si no podemos arreglarlo, el mundo, y señala en derredor. Claro que sí, cariño, claro que sí, pero sin querer me encojo de hombros. Ella sonrío y se va corriendo y al volver me entrega a Nora, su muñeca preferida. ¿Estás segura? Y asiente y sonrío y me da motivos para pensar que quizá no todo esté perdido.

De madrugada la vecina ha traído a la niña *nerguita* ardiendo en fiebre y los pediatras han decidido ingresarla. Simple precaución, dijeron, simple precaución. Todos hemos estado de acuerdo en que ambas debían estar juntas, así que ahora las dos comparten habitación. También por precaución se las mantiene aisladas y para entrar tenemos que ponernos esas batas verdes de papel traslúcido, guantes y mascarilla. Odio los aislamientos, sacan nuestros miedos más primarios ahogando la empatía en ese mar oscuro de supervivencia. Pienso en qué clase de argonautas insensatos se atreverían a cruzar ese siniestro mar lleno de peligros a bordo de un barco de papel y ridículas velas de látex. Nosotros, me digo intentando darme valor, solo nosotros, puede que no todos nosotros, pero sí los suficientes. Al verse Chantal y la niña se han abrazado durante un rato. La niña está asustada, la madre también. Pronto ambas se han puesto a tiritar y he entrado para ponerles la medicación. La niña al principio no me ha conocido, únicamente me ha mirado con curiosidad, encogida desde los brazos de su madre. Yo le he sonreído tras la mascarilla y le he dicho hola con la mano, luego he descolgado la bolsa de juguetes de mi hombro como un Papá Noel desnutrido y convaleciente, ¿has sido una buena chica? Jo. Jo. Jo. A ella se le han iluminado los ojos durante unos instantes, ha cogido a Nora y de nuevo se ha vuelto a acostar dentro de su madre. Chantal me ha mirado y me ha dado las gracias.

La niña empeora. La medicación solo le baja la fiebre unas horas, a veces ni eso. Estoy casi todo el rato dentro de la habitación. Los pediatras a veces se asoman por el ojo de buey y me preguntan con la cabeza. Yo me encojo de hombros mientras mojo algunas compresas y las pongo sobre la piel erizada de la niña. Su pecho sube y baja como la biela penosa de una bicicleta. Ellos se rascan la cabeza, se visten y entran a auscultarla, pero salen igual que como entraron. Le ajustan la medicación, hablan, pero nada parece resultar. Chantal ha comenzado a toser, y a rezar en su idioma. Me relaja su letanía, me relaja su voz ancestral, me relaja por fin tener a alguien real al lado. A veces se queda callada, entonces sé que llora y que estará mirando por la ventana, casi puedo oír las lágrimas cruzar su piel ajada haciendo ese crepitar tan familiar. No quiere que su hija la vea, eso también lo sé.

¿Qué le pasa?, me dice en un castellano lento y melodioso. No lo sabemos. Quizá lo mismo que a ti.

Y ella llora. Sin remedio. Lo mismo que a mí no, no y no y no, por favor. No puede ser, a ella no, no Dios mío, no, no lo permitas, te lo ruego. Chantal, por favor, mírame, ¿pero es que tienes alguna idea de lo que te pasa?

Y ella asiente. Creo que sí.

Siempre estoy comprobando, a cada paso  
cómo funciona el cielo, cómo encajan  
los azules según pasan las horas  
hasta poner la tarde, que dé entrada  
a la noche estrellada. Y cómo van  
las nubes ocupando, como fichas,  
los sitios asignados del paisaje

Manuel Padorno, de su poema *Es un trabajo solitario*

*(Interludio)*

*El frío*

Chantal rellena las palabras que no sabe del castellano con palabras en inglés o en francés y las que sabe las entona de una manera distinta cada vez, por momentos parece gitana, otras india, a veces marroquí. Cada cierto tiempo se para y mira por la ventana como si saliera de las profundidades para tomar aire. Intento no parecer sorprendido ante el hecho de escuchar su voz. La niña por fin duerme aunque a veces todavía hable o llore en sueños. Ella la mira y luego comienza a hablar. Os daremos sus tierras, sus campos, sus casas, eso les prometieron. Y ellos lo creyeron. Vivíamos al norte de Kigali, en una pequeña casa con un trozo de terreno detrás. Cultivábamos la tierra y con eso nos bastaba para vivir. Simon era un hombre bueno, a veces bebía mucho, todos allí bebían mucho, pero no era violento, no me pegaba, solo había que dejarlo dormir. Había empezado a anochecer, un viento helado proveniente de las montañas se colaba silbando en casa, yo había prendido el fuego y estaba preparando la cena cuando oí su voz en la radio. Jamás podré olvidar aquella voz tan fría, era la famosa Valerie Bemeriki, la voz más conocida del momento, la que todos los jóvenes seguían y adoraban, una locutora que tenía el poder atroz de ser escuchada por todo un país. Mi hijo Paul comenzó a llorar con agonía, como si supiera que algo malo estaba a punto de ocurrir, traté de abrazarlo, de cantarle algo, pero la voz era demasiado aterradora y amenazante. Desde los estudios de la Radio de las Mil Colinas tenemos que darles una terrible noticia, hoy miércoles 6 de abril de 1994, el que será para siempre un día de quebranto para nuestra historia y cuando son exactamente las 19,33 horas, debemos informarles de que el avión de nuestro presidente Juvenal Habyarimana ha sido alcanzado por dos misiles que han acabado con su vida. El presidente según nos confirman nuestras fuentes ha sido asesinado por esas *inyenzi*, y Chantal busca la palabra con la que traducirme ese vocablo de su idioma, *cafard*, me dice, le digo que no entiendo, ella hace caminar su mano sobre la cama como si fuera algún tipo de insecto, *cockroach*, *cockroach*, me repite, ¿cucaracha?, le digo, y ella asiente. Cu-ca-ra-chas. *Inyenzi*. Así nos llamaban. Eso éramos para ellos. Los tutsis, continuaba la voz de Valerie, quieren quedarse con nuestro país, quieren el poder, quieren asesinarnos, el Frente Patriótico Ruandés se acerca a nuestras ciudades, debemos defendernos de esas *inyenzi*. Sé que todos cogeremos las armas para defendernos, militares, hombres y mujeres, viejos y niños. Ellos son pocos, nosotros más, así que, *inyenzi*, tened claro que los hutus ganaremos esta guerra.

No tardaron en hacerlo. Esa misma noche algunos vecinos salieron a trabajar. Así era como lo llamaban, trabajar. No matéis a las *inyenzi* con una bala, cortadlos a trozos con un machete, arengaba Valerie a través de las ondas, como si la voz del mismo demonio hubiese salido del infierno en una frecuencia modulada. Mi marido



Simon era hutu, al principio no le dio importancia a nada de aquello, después de todo se había casado con una tutsi. En esa zona convivíamos muchos hutus y tutsis, éramos amigos, compartíamos la leche, la comida, nuestros hijos jugaban juntos, iban al colegio juntos. Muchas veces habíamos dejado a Paul con nuestros vecinos, Lawrence y su marido Gerard, ambos hutus, ambos buenos amigos. Era como si fueran sus abuelos, como si fuesen familia. Tranquila Chantal, siempre hay locos en todas partes, me decía Simon, pronto todo esto se olvidará y volveremos a la normalidad. Pero se equivocó. Lo supo una noche, volvió a casa apestando a alcohol, pero era como si la borrachera se hubiese esfumado de un plumazo, estaba muy agitado, tenía la camisa empapada como si hubiese estado huyendo de algo. Chantal, tenemos que irnos, ahora mismo, coge a Paul, haz una pequeña bolsa, mete solo lo imprescindible, nos largamos de aquí. Miraba todo el rato por la ventana, nervioso, evaporando de alguna manera el alcohol rancio que había estado bebiendo. ¿Pero qué pasa? Haz lo que te digo, mujer. Haz lo que te digo, date prisa, joder. Pero el niño duerme, no podemos sacarlo en plena madrugada, mírate, estás borracho, Simon, no sabes lo que dices. Me miró con toda la crudeza que pudo, con todo el miedo y la incomprensión que llevaba dentro. Han matado a Pierre, lo han sacado fuera de su casa y le han cortado una pierna a la altura del muslo, luego, mientras se desangraba, le han obligado a mirar cómo violaban a su mujer y a su hija. ¡Los he visto, Chantal, los he visto! Una explosión hace temblar la casa, Simon se asoma a la ventana, una casa cercana se deshace en llamas. Se oyen gritos, aullidos. Mierda, están demasiado cerca, no podemos arriesgarnos. ¡Coge a Paul, vamos! El niño apenas se despierta cuando lo saco de la cuna. Mi marido apaga las luces, no hagas ruido, me susurra. Luego salimos por la puerta que conduce al patio, muy despacio. Fuera hace frío, el niño comienza a llorar, haz que deje de llorar, ¡haz que deje de llorar, por el amor de Dios, nos van a oír!, yo le pongo la teta en la boca, el niño mama. Vamos, meteos ahí, y Simon señala la fosa séptica a la que le ha quitado la tapa. Lo miro sin entender. Llora. Como nunca. Vamos, Chantal, hazlo de una vez. Os traeré comida y agua, siempre por las noches. En cuanto todo esto haya pasado os sacaré de ahí. Diré que te has ido, que me has dejado y has vuelto a la aldea con el niño. No sospecharan. Nadie os buscará ahí dentro. Procura no hacer mucho ruido. Santo Dios, lo siento mucho, Chantal, lo siento. Es lo último que veo antes de la oscuridad, su dolor.

No es el frío, ni siquiera el olor nauseabundo, ni siquiera el sumergirme en toda esa mierda que tiene un tacto lodoso y repugnante. Es la incertidumbre de saber si la tapa se volverá a abrir, si volveré a ver a mi marido o si mi hijo en algún momento será incapaz de dejar de llorar y ellos finalmente nos encontrarán. Cada noche cuando

los grillos se ponen a cantar, mi marido viene en el más profundo de los silencios, abre la tapa con cuidado y nos pasa una bolsa con comida y agua. Hace esfuerzos por contener la arcada y tras un rato se tumba en el suelo, me da la mano y toca a nuestro hijo con cuidado de no despertarlo. Llora. Siempre llora. Yo le digo que está bien, que no se preocupe, que saldremos de ésta, pero él niega con la cabeza como si los horrores de ahí fuera no lo dejarán ver más que oscuridad. No quiere contarme nada, todavía no es seguro, eso es lo único que repite.

Sé que ha llegado la mañana porque presiento los golpes de la azada sobre la tierra, ésa es la manera que tiene Simon de decirme que está ahí, que no se ha ido, pero ignoro el tiempo que llevamos aquí encerrados. No quiero saberlo, ha dejado de importarme. Apenas puedo mover las piernas, están siempre entumecidas, a Paul parece que le pasa lo mismo, pero hemos aprendido a apreciar el viento gélido de la noche que entra cuando Simon retira la tapa, el olor húmedo y aromático de las montañas, ambos confiamos en el tacto rudo de su mano, en su voz, en sus lágrimas. Siempre llega el momento en el que se excusa cientos de veces y me pide perdón, y agarra mi mano con fuerza y con demasiada rabia y la besa y llora sin dejar de temblar mientras pone la tapa, entonces el mundo se acaba para mí, siento la terrible opresión en el pecho como si todos sus gestos fueran tierra que sepulta mi ataúd. Odio a todos los de fuera. A todos. Los días siguen pasando, pese al frío, pese a mí, pasan y a veces oigo ruidos, gritos quizá, más de una vez he deseado que nos encuentren porque creo que ya no voy a soportarlo más, pero luego lloro y grito con la boca sellada sobre el brazo para tratar de no volverme loca o para admitir que lo estoy y entonces, cuando ya no me queda nada dentro, hago que el niño abra la boca y pase las horas mamando sobre mí porque sé que así no hará ningún ruido. Los pezones gotean sangre como si fuera leche. Están heridos, en carne viva. Al principio, cuando el niño se agarra, tengo que morderme la mano para no gritar, luego el dolor va cediendo, poco, muy poco a poco. El amor a veces puede ser una tortura. Paul me sonríe.

Esperé. Recé para volver a oír la azada clavarse en el suelo. Tranquila, me dije, él volverá. Pero algo iba mal, el reloj que ahora regía mi mundo se había parado, nadie traía la noche, nadie traía el día. Pensé en salir, pero apenas podía tenerme en pie. Esperé. No sé el tiempo. Y entonces un día viene la luz, como en una providencia divina, el sol hiriéndome los ojos como un fuego desbocado, entrando por el agujero por el que antes solo entraba noche. Río. Trato de abrir los ojos, pero duelen demasiado, Paul comienza a llorar. Cuando por fin la vista se aclara veo a mi vecino Gerard, de pie, observándonos. Gracias al cielo, le lloro, ayúdame, Gerard, ayúdame por lo

que más quieras y le tiendo la mano. ¿Dónde esta Simon? Él mira hacia la casa. Hace un gesto. Están aquí, grita, os dije que la escondía.

A Simon le han cortado los pies, sé que está vivo porque al vernos les ofrece dinero para que nos maten de un disparo. Por favor, les suplica, por favor. Pero no lo hacen. Cogen su dinero y lo golpean. Paul llora de esa manera inconsolable con la que lloran los niños. Tratan de arrebatármelo, pero yo lo retengo contra mí con todas las fuerzas que me quedan, les suplico que no lo toquen, grito como un animal salvaje, los muerdo, les clavo las uñas. Alguien me llama puta, luego me golpean por detrás y la hoja del machete se clava en mi cara, caigo en un foso oscuro que parece no tener final. El dolor es indescriptible, quiero perder la conciencia, pero veo como aquel hombre sujeta a mi bebé por el cuello, ¡para!, le grito, y él lo corta en dos. No puedes imaginar lo que es ver sus piernitas caer a mi lado, sin vida, quietas, como las piernas rotas de un muñeco, de pronto todo se nubla, creo morir, lo deseo con todas mis fuerzas. Quizá muriese en aquel instante y todo esto no sea más que el purgatorio o el mismo infierno, el demonio usa esos trucos. Ellos me tiran agua por encima, varias veces, hasta que despierto, esta rata apesta, lavémosla bien, y todos ríen. Me violan. Uno a uno. Veinte. Veinticinco hombres. Como con los días también perdí la cuenta. Me dejaron allí, tirada como a un perro, desangrándome, oliendo su semen mientras veía los cadáveres de Simon y de mi pequeño Paul. Alguien me encontró. Trató de ayudarme, le supliqué que no lo hiciera, que ya no había nada que salvar. Pero, como ves, no tuve suerte. Creo que alguno de aquellos hombres pudo contagiarme el sida, o puede que varios, se aseguraron de ello cortándome también abajo, muchas veces. Demasiadas. Y si pienso ahora en Ruanda, *Le Pays des Mille Collines*, todas esas colinas verdes y enormes con las que crecí solo me parecen afilados colmillos manchados de sangre y maldad. Mira por la ventana y ahora sé que lo que ve allá fuera es la orografía de la tragedia. Yo le agarro la mano y le digo que todo va a ir bien. Ella vino del dolor, de la misma locura, de la perversión más absoluta, y mira a la niña que sigue durmiendo con ese fuelle pausado e incesante en el pecho, pero ahora es mi única alegría. Y entonces comienza a llorar.

Me quito la mascarilla y los guantes y la bata de papel y la abrazo. Sus lágrimas hacen brillar su piel, la pulen a su paso, las mías solo caen. La niña se despierta y me mira y luego mira a su madre con preocupación. Mami, dice. La cojo en brazos, le digo que todo va bien, lleva a Nora agarrada contra su pecho. La beso en la frente. Largamente. Parece que ya no tiene fiebre, le digo a Chantal. Y ella sonrío. Por fin.